Los marginados de García Márquez: el indio y el gitano

Omar Aouini

(clubsastre@hotmail.com)

TÚNEZ

Resumen

Este trabajo se centra exclusivamente en la figura del indio y del gitano en la obra narrativa de García Márquez. En el tema del indio, se tratará lo más destacado de su aspecto físico y moral, y su ocupación, haciendo hincapié en el trabajo forzoso. Respecto al gitano, abordaremos también sus rasgos físicos y morales, su indumentaria, sus mudanzas y sus oficios más relevantes.

Abstract

In this paper we will focus exclusively on the figure of the Indian and the Gypsy in García Márquez's works. On the subject of the Indian, we will discuss the most important aspects of his physical and moral appearance and his occupation, with emphasis on forced labour. Regarding the Gypsy, we will also address his physical and moral features, his dress, his moves, and his most relevant trades.

Palabras clave

Gabriel García Márquez
Indio
Esclavitud
Gitano
Macondo
Profesiones

Key words

Gabriel García Márquez
Indian
Work mandatory
Gypsy
Macondo
Profession

AnMal Electrónica 43 (2017)
ISSN 1697-4239

INTRODUCCIÓN

El indio y el gitano constituyen dos ejemplos de los personajes marginados de la obra narrativa de García Márquez. Su marginación radica en el hecho de desempeñar siempre un papel secundario en el quehacer narrativo garciamarquiano, lo cual evidencia su posición deplorable en la historia y la realidad latinoamericanas. Junto a estas dos razas, a menudo, los árabes aparecen también como personajes margi-

gados, con la excepción de Santiago Nasar en *Crónica de una muerte anunciada*. Lo mismo ocurre con los negros, que casi siempre son tratados como seres excluidos y marginados también ([Aouini 2011](#)).

EL INDIO

Aspecto físico y moral

Uno de los rasgos más característicos de la personalidad de las razas humanas y de los grupos étnicos es su aspecto físico. El indio en la obra de García Márquez queda identificado de un modo preciso y claro a través de unos rasgos físicos peculiares, referentes en particular a la piel y el pelo.

Al describir a su personaje Aureliano José, el indio tiene una piel muy oscura y un pelo denso (García Márquez 1987: 184); y del liberal colombiano Jorge Eliécer Gaitán le impresionó tanto su discurso opuesto a la represión, como su «cabello liso y duro y el pellejo de indio puro» (García Márquez 2002: 251). Esa piel bronceada y ajustada, y ese cabello de color castaño y liso, otorgan al indio una belleza original (2002: 313-381). En otra ocasión, el cabello de Alfonso Fuenmayor, uno de los amigos de García Márquez, le parece como el del indio, por ser duro y fuerte: «su duro cabello de indio dividido en el centro del cráneo por una línea matemática» (2002: 126). El novelista se refiere a la estatura del indio sólo una vez en *La hojarasca*. El indio Cataure se describe como un ser corpulento, bajo y con ojos sombríos y pequeños (1954: 149).

El carácter del indio llama la atención del periodista García Márquez, que le encuentra observador y callado; su silencio, visible en los ojos y el rostro melancólico, remite a su origen asiático (1991a: 79-80), y queda compartido con los árabes de *Cien años de soledad*. Estos, ante la ruina de la Calle de los Turcos y de su mercancía, quedaron «taciturnos, impávidos, invulnerables al tiempo y al desastre, tan vivos o tan muertos como estuvieron después de la peste del insomnio y de las treinta y dos guerras del coronel Aureliano Buendía» (1994c: 367). Este mismo silencio lo halla Márquez también en las camionetas blindadas de la policía francesa, cuando le detuvieron en los años cincuenta en París, creyendo que era argelino, por

su semejanza física con ellos: «Estaba llena de argelinos taciturnos, recogidos a golpes y también escupidos en los cafetines del barrio» (1991b: 222).

La figura del indio puro la encarna el salvaje e ignorante general Teófilo Vargas, quien dispone de una malicia silenciosa y una aptitud prodigiosa de infundir en sus soldados tremendo fanatismo: «Era un indio puro, montaraz, analfabeto, dotado de una malicia taciturna y una vocación mesiánica que suscitaba en sus hombres un fanatismo demente» (1987: 206). Pero dicha malicia no es generalizada entre todos los indios, ya que la mayoría son pacíficos y sosegados, lo cual hizo al marido de la bisabuela de Úrsula Iguarán llevar a su familia a vivir en una rancha de «indios pacíficos» (1987: 31). La bondad de esa gente se destaca también en su actitud de auxilio y ayuda a la abuela de Eréndira cuando se encendió su casa: «La gente del pueblo, indios en su mayoría, trataba de rescatar los restos del desastre: el cadáver carbonizado del avestruz, el bastidor del piano dorado, el torso de una estatua» (1994b: 93).

El indio y el trabajo

El indio en la obra de Gabriel García Márquez se dedica principalmente a los servicios personales, y en especial a la tarea de cargador, ya de objetos, ya de hombres, las más de las veces. Como un animal, se sirve del lomo del indio para transportar agua desde largas distancia, y almacenarla por mucho tiempo: «Tenía en el patio una cisterna para almacenar durante muchos años el agua llevada a lomo de indio desde manantiales remotos» (1994b: 88).

Al mudarse, son los indios quienes deben llevar todo cuanto contiene el campamento de la abuela de Eréndira (1994b: 101). Los indios no cargan sólo cosas, sino también a personas: los doctores de la expedición botánica en su recorrido para recoger las plantas en las escabrosas cornisas, lo hacen a lomo de indio (García Márquez 1987: 109), como si fuera éste una bestia. Asimismo, cuando reapareció Francisco el Hombre en Macondo, llegó con él una mujer cargada por cuatro indios en un mecedor, y una mulata que le ofrecía sombra por un paraguas (1987: 70).

Para que los turistas europeos disfruten de los encantadores paisajes más exóticos del continente americano y de más difícil acceso, se valen también de las espaldas de los indios: «En lo más duro de la pendiente se cruzaron con una partida

de indios que llevaban a un grupo de viajeros europeos en sillas colgadas en las espaldas» (1989: 73). Los indios transportan asimismo el palanquín de las personas importantes, como el de la abuela de Eréndira en medio del desierto, el sudor y el polvo. Como realizan este trabajo o por su condición de esclavos, o por su precario sueldo, se los reclutan en elevados números: cuatro indios llevaban el palanquín de la abuela, y otros ocho seguían en fila por detrás (1994b: 111). Tener muchos indios en el servicio personal se considera como un verdadero privilegio, por lo que la abuela enumera a su nieta los favores que le proporcionó, citando el número de indios que la sirven: «Tienes ropas de reina, una cama de lujo, una banda de música propia, y catorce indios a tu servicio. ¿No te parece espléndido?» (1994b: 101).

En *El otoño del patriarca*, el indio desempeña el papel del guardia que protege al general con su machete. El legendario Saturno Santos era, según García Márquez, un indio puro, inseguro y pobre (1975: 42): «se quedó sin más séquito que la sombra solitaria del indio del machete que no lo abandonaba un instante» (1975: 67).

Estos agotadores trabajos realizados por los indios en la obra de García Márquez remiten al trabajo forzoso al cual fueron sometidos estos desde el principio de la conquista española. Las enfermedades que trajeron los españoles consigo al nuevo continente, el maltrato y la crueldad de los colonizadores afectaron gravemente a la población indígena: «El trabajo forzoso de los indios empezó desde la tercera década del siglo XVI bajo varias formas: encomienda, esclavitud, repartimientos, etc.» (Rojas Lima 1992: 214), lo cual contribuyó notablemente a la reducción de su número. En México, éste «pasó de 25 millones en 1519 a unos 750 mil en la actualidad, o sea queda sólo el 3 por ciento de esta población precolombina» (Bethell 1990: 16); en Colombia, «los tres o cuatro millones de indios que encontraron los españoles estaban reducidos a no más de un millón» (García Márquez 1999: 311).

Los indios se dedican también a la venta de amuletos, que tienen como fin atraer la buena suerte y alejar los diferentes males, junto a medicamentos que contrarrestan la acción del veneno de las culebras (García Márquez 1975: 150). Además de los amuletos, venden asimismo bebidas medicinales, para someter a las personas en tema del amor (1985: 82). Es que aprovechan el entorno campestre donde viven para recoger plantas medicinales y venderlas en los mercados públicos. Esos vendedores representan, para el periodista García Márquez, los auténticos indios, que no son ni primitivos por completo, ni enteramente civilizados: «viene viajando el indio. Es un ejemplar perfecto de esos hombres —mitad primitivos, mitad

civilizados— que bajan de las montañas cargados de plantas medicinales y de fórmulas secretas para el buen amor» (1991a: 474). Los indios se ganan la vida recogiendo plantas medicinales, como el jengibre, de las cornisas de sus sierras para venderlas, y otras plantas, como la coca, para entretenerse masticándolas. Parece que este espectáculo divierte a García Márquez, y particularmente su modo de correr en filas como hormigas (2002: 11-12).

La brujería y la hechicería es el otro oficio de los indios. Un método extraño que aplican para curar las enfermedades se basa en tan «sólo oler una camisa sudada por el enfermo, a cualquier distancia y aunque no lo hubiera visto nunca» (1994a: 50). Por eso, se debe entregar la ropa al «indio taumaturgo» sin lavar, para que pueda llevar a cabo su tarea con éxito (1994a: 65).

La minoría blanca de la sociedad colonial controlaba la política y la economía. Como hoy. En El Salvador, por ejemplo, asegura García Márquez que el 90 por ciento de la población, india y mestiza, es gobernada con «puño de hierro» por el 10 por ciento de blancos, que acapara la totalidad de la riqueza económica y la decisión política (1991b: 74). Los indios, esclavizados, fueron usados por los conquistadores en la empresa de la colonización de su propia tierra. En una de sus expediciones, Gonzalo Pizarro juntó «800 españoles, 4000 indios, 150 caballos y más de 1000 perros amaestrados en la caza de seres humanos» (García Márquez 1991b: 149). En Nicaragua fueron obligados a transportar la madera desde la selva hasta el mar para construir la flota que contribuyó a la conquista del Perú. Luego, unos cinco mil esclavos nicaragüenses fueron llevados a ese país entre 1527 y 1536 (Bethell 1990: 19).

La larga tradición del maltrato del indio en la época colonial generó dichos y modismos despectivos sobre él, que justifican su servidumbre, como el nicaragüense «Indio, ladrón y zanate, manda la ley que se mate» (Rojas Lima 1992: 124).

EL GITANO

Rasgos físicos e indumentaria

Lo que destaca al gitano es su piel aceitada (García Márquez 1987: 27) y morena (2002: 130), y sus ojos «oscuros y melancólicos» (1987: 347), como los de Melquíades, que posee una mirada asiática (1987: 14). Los gitanos de García Márquez

con esta piel curtida y estos ojos negros y rasgados parecen un auténtico ejemplar de belleza (1987: 27). Por eso, deduce el autor que lo mejor que tiene un hombre es «lo mucho que tiene de gitano» (1991a: 80).

La precaria situación económica de los gitanos se manifiesta, entre otros, en su indumentaria. La familia de gitanos que solía visitar Macondo, donde instalaba su carpa cada marzo, es andrajosa y harapienta (1987: 9). La ropa gitana es humilde, y nada tiene que ver con la suntuosidad y el esplendor; esto se advierte con facilidad en la apariencia del gitano Melquíades, que «usaba un sombrero grande y negro [...] y un chaleco de terciopelo» (1987: 14). El amigo de García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio, comparte con los gitanos su aspecto pobre en lo que atañe a la ropa, pues prefiere como calzado «unas sandalias de trapo de las más baratas» (2002: 130).

García Márquez pone de relieve la pobreza de la vestimenta gitana, aludiendo a lo que llama «trapo de gitano», que suele ser rojo. Dicho trapo se ha convertido en una marca identificadora de lo gitano, por lo cual, cuando decidió José Arcadio ir con los gitanos «se amarró un trapo rojo en la cabeza» (1987: 48-49). Hasta el general se sirvió de este trapo para «recoger el sudor» cuando pasaba por la calle principal de la ciudad (1994a: 64).

Los gitanos y el vagabundeo

Gabriel García Márquez evoca en *Cien años de soledad* la historia nómada y errante de los gitanos. Un vagabundeo que marcó la vida de esta gente, creando un pueblo diversificado, adorador de la libertad y la música, y de una cultura muy rica. El autor casi reproduce el itinerario seguido por los gitanos desde el Oriente hasta el Occidente. En su recorrido hacia el Occidente, el gitano Melquíades pasó por Persia, Malasia, Alejandría, Japón, Madagascar, Sicilia hasta llegar al estrecho de Magallanes (1987: 14). Sin embargo, dichas andanzas no pasaron sin graves enfermedades y grandes riesgos: «Sobrevivió a la pelagra en Persia, al escorbuto en el archipiélago de Malasia, a la lepra en Alejandría, al beriberi en el Japón, a la peste bubónica en Madagascar, al terremoto de Sicilia y a un naufragio multitudinario en el estrecho de Magallanes» (1987: 14).

La mudanza de los gitanos constituye para García Márquez un espectáculo digno de admiración. En *El general en su laberinto*, cuando Manuela Sáenz, la antigua

acompañante del general, decide seguirlo, su mudanza no difiere de la de los gitanos: «Pero cuando por fin lo hizo fue una mudanza de gitanos, con los baúles errantes en una docena de muías, sus esclavas inmortales, y once gatos, seis perros» (1994a: 160).

Oficios de los gitanos

La historia de los gitanos es marcada por el constante nomadismo en busca de mejores condiciones de vida. Procediendo de la India, llegaron a Europa en el siglo XV ([Santiago Camacho 1997: 4](#)). Su presencia en la narrativa de García Márquez es notable en *Cien años de soledad*, con la familia gitana que llega cada año a Macondo en marzo para dar «a conocer los nuevos inventos» (1987: 9). En realidad, el propósito de estos gitanos era ganarse la vida a través del anuncio de dichos inventos y su venta a los habitantes de Macondo. Vendieron el imán a José Arcadio Buendía por «su mulo y una partida de chivos por los dos lingotes imantados»; cuando volvieron el año siguiente, enseñaron a los habitantes de Macondo la «ciencia de eliminar las distancias» mediante un catalejo y una lupa. Los visitantes tenían que pagar cinco reales para ver muy cerca de ellos a una gitana que habían colocado a un extremo de Macondo (1987: 11). En otra visita anunciaron el hallazgo de los nasciencenos: pagando un centavo, los visitantes «vieron un Melquíades juvenil, repuesto, desarrugado, con una dentadura nueva y radiante» (1987: 17), imagen que no correspondía a su verdadero estado físico. En ocasiones, tan sólo ver este mismo artilugio costaba mucho dinero a la gente de Macondo. Sin embargo, siempre había curiosos que estuvieran dispuestos a pagar cincuenta centavos para admirar «una gitana que se quitaba y se ponía la dentadura postiza» (1987: 419).

Los gitanos poseen una gran habilidad para recoger dinero de los macondinos; ya a través de la venta directa de sus productos (imán, molinos de maíz), ya mediante la mera observación de sus exposiciones (lupa, catalejo, dentadura postiza), ya con la participación en sus juegos de suerte y azar: «volvieron los gitanos saltimbanquis, ahora con su feria ambulante transformada en un gigantesco establecimiento de juegos de suerte y azar» (1987: 54). Se muestran asimismo muy diestros en hacer la propaganda para sus eventos y la divulgación de sus productos, anunciando su presencia en la aldea a través de un atronador alboroto de

instrumentos musicales diversos: flautas, tambores, sonajas (1987: 27) y silbatos (1987: 9). Sus músicas y sus bailes consiguieron llenar las calles de Macondo de intensa alegría (1987: 27). Con ello, evoca García Márquez la fuerte vinculación de los gitanos con la música, a través de la cual «recuerdan sus penas, sus alegrías, representan sus enseñanzas, viven su realidad» ([Santiago Camacho 1997: 18](#)).

Los gitanos tienen una habilidad notable para las artes mágicas, que han usado como medio para sobrevivir a lo largo de su historia ([Sánchez Ortega: 83](#)). García Márquez alude a este oficio gitano, refiriéndose a José Arcadio Buendía, que se encontró con uno que «anunciaba en castellano un jarabe para hacerse invisible» (1987: 28). No falta la evocación del mundo de los diablos y su relación con los minerales en el discurso de Melquíades, que certifica que «está comprobado que el demonio tiene propiedades sulfúricas» (1987: 15). La hechicería dota a los gitanos de poderes sobrenaturales que les permite hacer que la gallina ponga muchos huevos de oro bajo la influencia de la pandereta, o que logre el mono interpretar el pensamiento humano (1987: 27). Por eso, en alguna ocasión decidió Úrsula Iguarán impedirles que se instalaran en Macondo, por considerarlos «mensajeros de la concupiscencia y la perversión» (1987: 54).

Por el contrario, la actitud de Úrsula ante los árabes que llegaron a la aldea era diferente. Ella fue a buscar a su hijo, que «se metió de gitano», y salió de Macondo con este grupo, pero de regreso tropezó con los árabes y volvió con ellos. Estos inmigrantes árabes fueron como un auténtico hallazgo para Úrsula, pues gracias a ellos «encontró la ruta que su marido no pudo descubrir en su frustrada búsqueda de los grandes inventos» (1987: 52). Así que al verlos pasar por la calle, llamó a su marido para contemplar esta entrada carnavalesca, lo cual revela su alborozo de no ser gitanos, y de haber traído productos enteramente distintos de los que pregonaban éstos: «Traían mulas cargadas de cosas de comer, carretas de bueyes con muebles y utensilios domésticos, puros y simples accesorios terrestres puestos en venta sin aspavientos por los mercachifles de la realidad cotidiana» (1987: 51-52).

CONCLUSIÓN

Los individuos y los grupos marginados en la realidad latinoamericana nunca figuran en la narrativa de Gabriel García Márquez como personajes principales,

excepto en contados casos. La nómina de los memorables personajes que pueblan el mundo novelesco de Gabo es larga: en *Cien años de soledad*, José Arcadio Buendía, Úrsula Iguarán y Aureliano Buendía; en *La hojarasca*, el padre del narrador; en *El coronel no tiene quien le escriba*, el coronel; en *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada*, la abuela desalmada y Eréndira; en *El amor en los tiempos del cólera*, Florentino Ariza; en *Crónica de una muerte anunciada*, Santiago Nasar y Ángela Vicario, etc. En este caudal de protagonistas y héroes ficticios, los personajes indios y gitanos escasean notablemente, y Melquíades o Santiago Nasar representan una anomalía en este elevado número de protagonistas novelescos de García Márquez.

La inserción de indios y gitanos en las novelas de García Márquez, tiene como propósito llamar la atención sobre estos grupos marginados que forman parte integrante de la realidad latinoamericana. Los indios, verdaderos dueños de estas tierras, padecieron enormemente desde la colonización de los españoles, por las enfermedades, el hambre y el trabajo forzoso. Los gitanos encarnan la pobreza a lo largo de su historia, por lo cual recurren a la mudanza continua en pos de mejores condiciones de vida.

Físicamente, el indio y el gitano comparten el color moreno de la piel y la belleza corporal. De carácter, el indio es taciturno, como los árabes de *Cien años de soledad* y los argelinos de las camionetas blindadas de la policía francesa. Es observador y pacífico las más de las veces, pero ignorante, salvaje y malicioso en algunos casos. El gitano es pobre, harapiento y lleva una vida errante.

El oficio principal del indio es cargar con objetos y personas por un precio barato. Esto remite al trabajo forzoso al que fue sometido durante muchos siglos. Se dedican también a la hechicería, vendiendo amuletos y plantas medicinales. Los gitanos se ganan la vida trasladándose entre los pueblos para «dar a conocer los nuevos inventos», y ganar dinero por la venta de dichos inventos o por su mera observación. Ellos también se dedican a la magia y la hechicería.

Gabriel García Márquez evoca la situación social y económica precaria de los indios y los gitanos; sin embargo, no intenta cuestionar las razones que ocasionan dicha deplorable situación, y no profundiza en el análisis de las condiciones de su desdichada vida. Puede que ello se deba a su afán de eludir los procedimientos de la novela histórica y regional, por una parte, y por otra, por superar estas cuestiones que ya forman parte de un pasado lejano.

BIBLIOGRAFÍA EMPLEADA

- O. AOUINI (2011), [«África y los negros en la obra de Gabriel García Márquez»](#), *AnMal Electrónica*, 31, pp. 123-145.
- L. M. BETHELL (1990), *Historia de América Latina. 4. América Latina colonial: población, sociedad y cultura*, trad. A. Diéguez, et al., Barcelona, Crítica.
- G. GARCÍA MÁRQUEZ (1954), *La hojarasca*, Barcelona, Plaza & Janés.
- G. GARCÍA MÁRQUEZ (1975), *El otoño del patriarca*, Barcelona, Bruguera.
- G. GARCÍA MÁRQUEZ (1987), *Cien años de soledad*, Barcelona, Mondadori.
- G. GARCÍA MÁRQUEZ (1989), *El general en su laberinto*, Barcelona, Plaza & Janés.
- G. GARCÍA MÁRQUEZ (1991a), *Textos costeños. Obra periodística I (1948-1952)*, Barcelona, Mondadori.
- G. GARCÍA MÁRQUEZ (1991b), *Notas de prensa. Obra periodística V (1961-1984)*, Barcelona, Mondadori.
- G. GARCÍA MÁRQUEZ (1994a), *El general en su laberinto*, Barcelona, Plaza & Janés.
- G. GARCÍA MÁRQUEZ (1994b), *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalamada*, Barcelona, Mondadori.
- G. GARCÍA MÁRQUEZ (1994c), *Cien años de soledad*, Madrid, Espasa Calpe.
- G. GARCÍA MÁRQUEZ (1999), *Por la libre. Obra periodística IV (1974-1995)*, Barcelona, Mondadori.
- G. GARCÍA MÁRQUEZ (2002), *Vivir para contarla*, Barcelona, Mondadori.
- F. ROJAS LIMA (1992), *Los indios de Guatemala. El lado oculto de la historia*, Madrid, Mapfre.
- M. H. SÁNCHEZ ORTEGA (1984), [«Hechizos y conjuros entre los gitanos y los no-gitanos»](#), *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 5, pp. 83-135.
- C. SANTIAGO CAMACHO (1997), [«Nos acercamos a una cultura: los gitanos»](#), *Nuestras Culturas*, 4.1.